

Una novela sobre el timo de la mujer trabajadora



Sonsoles Ónega
Nosotras
que lo quisimos
todo

Sonsoles Ónega



Nosotras que lo quisimos todo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Sonsoles Ónega, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: enero de 2015

Depósito legal: B. 24.767-2014

ISBN: 978-84-08-13562-3

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Cayfosa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

La mano se me quedó pegada a la piel del escote en el preciso instante en el que mi director general me daba el turno de palabra para que expusiera al consejero delegado el plan de expansión de la compañía. Los dedos estaban impregnados de un extraño ungüento con el que yo, y sólo yo, me había vaporizado el cuello. Un escalofrío, que en cuestión de segundos mutó en espasmo, me recorrió la espalda. ¡Santo cielo, me había rociado de laca creyendo que era perfume! Tragué saliva y, al intentar desbloquear el iPad para activar la presentación en la que habíamos trabajado durante semanas, mi dedo índice también se quedó pegado... en la pantalla.

—¿Ocurre algo?

No supe qué contestar.

En realidad tenía dos opciones: o salir corriendo de aquella sala de juntas que sólo se abría para recibir al consejero delegado y a clientes muy muy importantes o sentarme sobre las piernas del consejero y empezar a narrarle el infierno que supone preparar a mis hijos para ir al colegio un lunes de septiembre sin marido, que está de viaje, y sin chica, que se ha ido de vacaciones.

Sola, pero sola de verdad, empiezas calentando la leche de los desayunos, pero casi al mismo tiempo tienes que convencer al mayor de que ayude a su hermano a beberse el

Nesquik con galletas porque este lunes, y no otro, se ha levantado con tos y mocos y le cuesta tragar. Haces las camas, te planchas el pelo, sólo por delante, claro, para que parezca peinado a conciencia, escribes en la agenda escolar que el fin de semana ha ido bien y, ¡maldita sea!, te das cuenta de que has olvidado que Gonzalo tiene gimnasia los lunes y Jaime lleva babi. Lo sacas de la secadora e intentas estirarlo para disimular las arrugas, mientras te pones la base de maquillaje fluido. Guardas los polvos translúcidos, el colorete, el lápiz de ojos y el *gloss* en un pequeño neceser y planeas terminar de arreglarte en el atasco, frente al retrovisor del coche. Cuando por fin consigues llegar al garaje sin discutir demasiado con los niños (normalmente uno fastidia al otro o le tira de la mochila antes de entrar en el ascensor), te das cuenta de que vas en pantuflas, comúnmente llamadas *zapatillas de andar por casa*. En décimas de segundo decides que los niños te van a esperar dos minutos en sus respectivas sillas, atados y bien atados. Sientes sobre tu nuca todo el peso del Código Penal, pero borras de un plumazo la simple posibilidad de que puedas acabar en la cárcel.

—Mami vuelve enseguida, ¿vale?

Te miran con ojos de absoluta incertidumbre, pero tú sabes que, como siempre, vas a volver a por ellos, así que vuelas escaleras arriba —el ascensor está, por supuesto, ocupado—, lanzas las pantuflas por los aires y te calzas los odiosos tacones. ¡En qué momento se inventaron! Ni lo piensas, claro. Sólo tienes en la cabeza dos imágenes: tus hijos devorados por las llamas ante un incendio fortuito y el vehículo vacío con las puertas abiertas de par en par. Por suerte, cuando retomas el mando del bólido tus niños siguen ahí. Tienes la respiración entrecortada y el corazón a mil cuando el mayor te pregunta:

—¿Qué te pasa, mamá?

Apenas puedes contestar. Arrancas el coche y sales escopeteada del aparcamiento rezando a todos los santos que recuerdas de la catequesis para que no te pille el atasco de todos los días en la calle del colegio. Para qué decir que los santos se han olvidado de ti y, como Dios manda, encuentras un atasco de mil pares de narices. Sólo cuando estás a punto de cometer otro delito, los coches empiezan a avanzar y, en consecuencia, el tuyo también se desliza a tal paso de tortuga que ni el cuentakilómetros lo advierte. Por fin llegas a la puerta del colegio, pero un policía municipal te hace señas con las manos para advertirte de que no puedes aparcar donde pensabas hacerlo. En ese momento sacarías el gato del maletero y te liarías a porrazos con el agente, pero hay una fuerza sobrenatural que apacigua el alma de las mujeres y, con obediencia, giras a la derecha y buscas un sitio para tirar el coche. Te sientes la madre más desdichada del mundo, te acuerdas de todas las profecías de tus antepasadas y te planteas que, si ese estúpido policía fuera mujer y tuviera hijos, otro gallo cantaría. Enfurecida y retando al equilibrio de tus tobillos, consigues llegar a la verja de la escuela y empujas a los niños para que pisen territorio seguro. En ese momento te crees libre, pero, antes de irte, vuelves la vista atrás y ves al pequeño tosiendo como un perro y piensas:

—Por Dios, que hoy no me llamen. Hoy, no.

Consejero, esto de la laca es una pequeñez comparado con lo que podía haber ocurrido esta mañana...

Por supuesto que esta charla sólo merodeó mi cordura. Conseguí serenarme y resolví la situación. No sé si de la mejor manera, pero en aquel momento no se me ocurrió mejor solución que chuparme el dedo, el maldito dedo índice con el que necesitaba recorrer las aplicaciones del dichoso iPad hasta encontrar la presentación que debía proyectarse

en la pantalla gigante que, por supuesto, sólo se despliega como un rollo de papel higiénico cuando este señor, el consejero, rinde cuentas con el equipo directivo. Mi jefe se pasó la mano por el bigote y abrió los ojos con cara de asombro. ¿Pensaría que estaba insinuándome al consejero delegado? Si lo pensó, no lo dijo. Se reclinó en la silla, cogió un bolígrafo y empezó a hacer circulitos en la libreta corporativa que siempre colocamos sobre la mesa en las grandes ocasiones.

Me recompuse. Volví a tragar saliva y pensé que, en cuanto saliera de allí, miraría en Google los componentes de la laca para saber si estaba a punto de fallecer por ingesta de tóxicos. Mi manual de supervivencia, ese que he ido elaborando día a día, tiene un capítulo especial dedicado a la reconstrucción personal *in extremis*. Sé cómo hacerlo. O, mejor dicho, qué hacer cuando noto que el frágil equilibrio que me mantiene en pie está a un paso de saltar por los aires como una copa de cristal cuando la tiras al suelo y se hace añicos. A veces incluso soy capaz de cogerla al vuelo. No se cae. No se rompe. Y mi equilibrio tampoco. Es cuestión de práctica. Se aprende con los años.

Así que, superado el trance, empecé a disertar sobre la conveniencia de ampliar nuestra estructura en China, concretamente, en Hong Kong.

—Debemos reforzar la oficina de *sourcing*. Hong Kong controla la producción de toda Asia y necesitamos una cabeza, alguien que haga un seguimiento real de la producción. Estamos teniendo algunos problemas con proveedores locales y la plantilla de allí parece no enterarse de nada. Hay que acortar los plazos de producción. Estamos tardando año y medio en llegar a las tiendas. El objetivo es estar en siete meses. ¡Ni un día más o nos come la competencia! Tenemos que ganar agilidad.

El capítulo de la internacionalización de la empresa es mi preferido. No sé si porque A.— En el fondo, yo estoy deseando largarme de este país y reconstruir mi vida en el remoto ¿Hong Kong? O porque B.— Si enviamos a alguien que ejerza de director de la oficina, yo podré liberarme y dejar de viajar al remoto ¿Hong Kong? cada mes y medio.

La opción A resulta tentadora si tenemos en cuenta que el último grito en la educación de los hijos es aprender chino. Se ha convertido en una obsesión de algunas madres, digo padres, digo parejas. Muchos colegios empiezan a impartirlo como si eso diera categoría al centro.

La opción A también es atractiva porque mi marido tardaría un tiempo en instalarse conmigo y eso nos daría perspectiva. Perspectiva matrimonial. Que se pierde con los años. Bueno, no se pierde, se queda por ahí, varada en uno de los caminos que recorre la pareja cuando decide instalarse bajo el mismo techo hipotecario y tener hijos.

¿Huir a Hong Kong? ¿Quién, tal lunes como hoy, no ha pensado en huir?

En aquel preciso momento, creer que mis jefes iban a pensar en mí para ese puesto era una ensoñación absurda o, directamente, un imposible. Desde el punto de vista racional, optarían por la contratación de alguien nuevo o por la recolocación de algún veterano. Menos es nada. De una u otra manera me repercutiría de forma positiva porque yo, y sólo yo, viajo a China para supervisar la producción de braguitas, sujetadores, camisetas, pijamas, batas. En fin, todo eso a lo que se dedica mi empresa, que, en términos generales, es lencería.

Fue tanto el entusiasmo que puse en mi disertación que hasta mi jefe parecía gozar con los argumentos. A él ya lo tenía convencido, pero aquella mañana de la laca terminé

por convertirlo en mi mejor aliado para reforzar la oficina de Hong Kong. Una vez hube terminado ese capítulo, pasé al número dos: la gama de colores de la colección del próximo verano.

—Hemos apostado por el fucsia —dije de sopetón—. Sí, el fucsia *shocking*, excitante, fucsia guerrero, eléctrico, apasionado, sin caer en la vulgaridad del rojo, tan pasado de moda. Yo misma he comprobado que el fucsia te sube el ánimo, te contagia por dentro, te hace sentir más joven, más sexy. Te reconcilia con tu día a día. En pleno auge del *vintage*, recuperemos algo más que la estética. Recuperemos el espíritu de los veinte, de los treinta del siglo pasado. Coco Chanel. Elsa Schiaparelli, que sentía el fucsia como un color vivificante.

Mis superiores me miraban atentos. Tanto que si no hubiera sido porque yo sentía sus pupilas clavadas en mi escote, tendría sólidos argumentos para pensar que me subirían el sueldo o me darían una gratificación extra por Navidad. Sin embargo, ellos no estaban pensando en eso, ni en el fucsia de Schiaparelli.

De repente, el consejero delegado me interrumpió:

—¡Me gusta todo lo que cuentas, Beatriz! Pero estoy dándole vueltas al asunto de Hong Kong. Creo que tú debes asumir el reto.

—¿Yo? —contesté entre alarmada y escéptica—. Yo tengo una «misión nacional», consejero. No sé si en estos momentos soy la mejor candidata, ni si la empresa puede permitírselo. El departamento de compras está a tope. ¡Yo no puedo irme!

¿O sí?

Todos los esquemas mentales se me vinieron abajo. Todos al mismo tiempo. Me dieron ganas de retomar la palabra y hablar a mi consejero a calzón quitado:

—¡Hombre, consejero!, lo de la perspectiva matrimonial son cosas que dices por decir, sin pensarlas demasiado porque, sí, mi matrimonio está necesitado de un empujoncito, pero, ¡vaya!, no es nada grave. Nada distinto de lo que sufren las mujeres de mi entorno, mis amigas o las amigas de mis amigas. A todas nos duele lo mismo. Yo creo que mi tema se podría solucionar con unas vacaciones de una semanita en Bali sin niños, sin suegra, sin nadie más que nosotros dos.

Por suerte, mi consejero delegado se anticipó. No me dio tiempo a que yo empezara a disertar sobre las urgencias de mi convivencia. Mejor dicho, no dio tiempo a mis incertidumbres. Con la misma rapidez con la que me había lanzado la propuesta, a modo de bumerán, retomó su turno de palabra:

—Asia es vital. Estoy plenamente de acuerdo contigo. Si apostamos por ese cambio estratégico, desplazaremos el poder de decisión allí. Podremos controlar mejor todos los procesos, incluso ser más agresivos en las negociaciones. Te doy quince días para pensártelo.

Este hombre ha perdido la cabeza. ¡Cómo voy a decirle a Gonzalo que nos vamos a Hong Kong! ¿Que me voy a Hong Kong?

¡Quince días! ¡Santo cielo!

Sin duda tenía razón: Asia es vital para cualquier compañía. ¡Yo lo sé! Y Hong Kong, dentro de lo malo, no es el peor destino. Hacía seis meses que la empresa había abierto oficina en Delhi para poder controlar a toda India, que es como un mundo aparte. Necesitábamos estar allí para atar corto a los fabricantes y poder cumplir con las expectativas de producción. Cuando surgió el tema me eché las manos a la cabeza porque tenía muchas papeletas de que me tocara a mí asumir la organización de India. Por suerte, no fue así. Pu-

dimos resolverlo sin que me perjudicara demasiado. Ahora, este bonito «cambio estratégico», que yo misma había planteado, sí me perjudicaba. Claramente.

¿Podía yo plantearme en este momento de mi vida semejante cambio vital? ¿Tenía que tomar la decisión en quince días? ¿Estaba obligada a hacerlo? ¿Y si necesitaba más tiempo? ¿Y si decidía que no? Miles de millones de preguntas se agolparon en mi cabeza. ¿En qué momento hablaría con mi marido? ¿Qué diría? ¿Me apoyaría? ¿Qué haría él en mi situación?

Mi presente más inmediato se había convertido en futuro. Todo lo que hiciera a partir de ese preciso instante iba a interpretarse en clave china. O mejor dicho: yo iba a interpretar en clave china cada movimiento, cada cosa que me pasara, por absurda que fuera, cada pensamiento que me brotara, aunque fuera producto de la espontaneidad... Cada paso, minuto, segundo iba a ser determinante. Tanto como el invento del microondas. O la Thermomix.

La reunión duró exactamente dos horas y catorce minutos de un lunes de septiembre en el que mi hijo pequeño, Jaime (con tos y mocos), se quedaba a comer en el colegio, por primera vez en su vida, con otros niños de su misma edad que, como él, afrontaban sin saberlo todo un reto personal de supervivencia. Con toda probabilidad el primero de sus vidas. Tardaría dos o tres días, quizá semanas, en darse cuenta de que si no comía las albóndigas con salsa de guisantes o la crema de verduras o el filete de panga, las horas se harían eternas en el colegio hasta que dieran las cinco y sonara el timbre de salida. Suena melodramático, pero es que hoy en día cualquier episodio relacionado con los hijos de madres trabajadoras es melodramático. Es una realidad

que, para qué engañarnos, las madres de entonces, nuestras madres, no vivieron. Ni se lo plantearon. Jamás repararon en si nos quedábamos a comer por primera vez porque, desde el principio, comíamos en el colegio. Nada de jornadas de adaptación al horario escolar ni pamplinas de esas. El colegio empezaba y punto. De nueve de la mañana a cinco de la tarde. Sin concesiones. Sin poner a prueba las emociones del alumno. Yo, lo confieso, no lo llevo bien. Soy de las que, al dejar al niño en la puerta, esquiva su mirada para no arrastrar el recuerdo de sus ojos por el camino que me conduce al coche, en el que, inexorablemente, empieza mi otra vida.

La del fucsia y la oficina en Hong Kong.

La de la casa, la compra, los uniformes y las extraescolares.

La de los cumpleaños un día laborable a las seis de la tarde.

La de las tutorías, los deberes y los exámenes.

La de la amante que un día fui y busco desesperadamente en el cajón de mis sostenes.

La de la amiga que se iba de baile hasta las tantas sin que se alterase el orden de las cosas.

La de la lectora que ya sólo lee en los aviones cuando viajo a Hong Kong (y aún soy afortunada).

La de la hija que quiere compensar los desvelos de una madre divorciada y la de la nieta que sabe que un día será abuela.

Todos esos papeles de protagonista, que represento a tiempo completo sin remuneración extra, han desplazado al de la mujer del siglo XXI, con estudios, cuentas corrientes a su nombre, libre y liberada, felizmente casada con su tiempo y acreedora de la felicidad por cuenta propia. Es decir, que yo misma o mis circunstancias o mi inconsciencia —¿por qué no?— han borrado la flamante etiqueta que dejé

que me colgaran hace la tira de años sin advertirme de las incompatibilidades. Nadie corrigió la duración de los días, ni la cronología de una hora. Nadie habla de que viviendo deprisa se vive menos y, al final, nos encontramos desposeídas de lo único que nos pertenecía: nuestra flamante liberación. Nos hemos condenado solas. La liberación nos ha hecho insatisfechas o quizá fue al contrario: porque estábamos insatisfechas quisimos liberarnos. Sí, ha merecido la pena —vivíamos peor con Franco—, pero también reconozco que alguna vez he pensado: ¿qué tipo de broma es esta? ¡Vaya timo! ¿Por qué no nos lo contaron en el mismo capítulo de derechos y obligaciones? ¿Por qué nadie dijo?: ¡Luchemos por la liberación, pero atengámonos a las consecuencias! ¿Por qué nadie alertó de las particularidades de nuestra naturaleza que nos hace estar biológicamente pendientes o ser biológicamente dependientes de ese ser humano que se creó en nuestra entraña, que bebió nuestra agua y comió nuestro pan durante nueve meses que, en realidad, son diez? Me lo he preguntado muchas veces, muchas noches de insomnio planeando el día siguiente en mi cabeza para que no se me escape nada, para cumplir con todo y con todos. Es entonces cuando me duermo con la sensación de que nos han timado. Lo sé, no he descubierto la fórmula de la Coca-Cola, pero tiene que haber alguna razón socio-psico-neurológica que se nos ha ocultado. Seguro que no ha sido de manera consciente, pero el caso es que hay obstáculos, serias dificultades que nadie nos pone encima de la mesa el día en que *elegimos* hacer todo. Y hacerlo bien.

Este tipo de brotes me dan con más virulencia cuando vuelvo a mi despacho después de disertar largo y tendido sobre la conveniencia de apostar por las bragas de color fuc-

sia, y la agenda de mi teléfono empieza a pitar como una atracción de feria alertándome de que tengo cincuenta obligaciones por delante que debería atender antes incluso de ir al baño a enjuagarme el mejunje del escote. Mi móvil es una extensión de mi memoria. Mejor dicho, es mi memoria, la que me recuerda que he programado tareas para un día de ¿cuarenta horas?

Tengo que:

Llamar al oculista porque mis genes han empezado a actuar y el mayor da señales inequívocas de que es miope.

Reclamar las etiquetas con los nombres de los niños para marcar los uniformes.

Llevar a cortar los pantalones del dichoso uniforme de invierno.

Comprar gorros para la piscina, calcetines acuáticos para evitar contagios de papilomas —¡ah!, ahora los llaman *molluscos*—, ceras de colores para el pequeño y cuadernillos de ortografía para el mayor.

Pedir hora en una de esas tiendas especializadas en tapones para que me hagan unos a medida y evitar estar una semana sí y otra también pidiendo hora en el pediatra por culpa de las otitis.

Entremedias tengo una, dos, tres, ¡cuatro reuniones más! y una comida. ¡Ah! Y, en último lugar, mi agenda me ruega que pida hora para la cera...

Ante tan abrumadora perspectiva, mi primera reacción —siempre se repite de forma mecánica— es desplegar *todo* el menú de tareas pendientes e ir eliminando una a una aquellas que sé que no haré. Por ejemplo, ir a depilarme. Así me creo que he ahorrado tiempo, que le he ganado horas al día, aunque, en realidad, lo único que he hecho es ganar espacio en el teléfono y dejar que los pelos de las piernas sigan obrando su particular milagro bajo las sábanas del

colchón conyugal. Sí, sigue pareciéndome sorprendente que mi matrimonio, aun necesitado de perspectiva, no se haya roto.

Con el tiempo he llegado a la conclusión de que existen tres modelos de mujeres:

Modelo A.— La mujer que, inconscientemente, se ha casado, ha tenido hijos y quiere continuar, al cien por cien de rendimiento, con su carrera profesional. Esa soy yo.

Modelo B.— La mujer que, conscientemente, se ha casado, ha tenido hijos y se ha dado cuenta de que es imposible continuar, al cien por cien de rendimiento, con su carrera profesional. Esas son algunas de mis amigas.

Modelo C.— La mujer que se ha casado, ha tenido hijos y continúa, al cien por cien de rendimiento, con su carrera profesional y su vida personal, sin sentirse culpable por hacerlo. (Esa es la que yo quiero ser porque estoy segura de que este tipo de mujer jamás anularía una cita para depilarse).

Se me olvidaba un cuarto tipo de mujer: la más inteligente. La que vio venir el percal y se casó bien o muy bien.

¿Cómo se las han apañado esas directivas de éxito que salen en las revistas femeninas felizmente casadas y madres de hasta tres hijos? ¿Cómo consiguen triunfar en sus trabajos como si, a ellas, la etiqueta no se les hubiera borrado? ¿Hay manual de instrucciones para hacerlo todo todo todo al mismo tiempo sin fallar a nadie? Sin defraudar a tus hijos, sin que te sientas la peor madre del mundo, sin que se te agote la paciencia cuando intentas acostarlos y al pequeño le da por tirar los juguetes por los aires y el mayor se instala

en el no a todo: no quiero cenar, no quiero leche, no quiero lavarme los dientes, no quiero. Tú sabes que, en realidad, están diciéndote no quiero que te vayas, no quiero que les dediques tantas horas a los sujetadores y a las bragas, no me dejes solo. En ese momento piensas que no te perdonan. Te sientes vulnerable, expuesta al tribunal que ellos y sólo ellos integran con poderes absolutos para juzgarte y dictar sentencia. Puede resultar penoso o tremendamente satisfactorio, pero es así. Los hijos escriben su veredicto cada día y hay que prepararse a conciencia para saber interpretarlo en su literalidad.

Por suerte, hay muchas noches en las que todo acaba en una dulce derrota: a ellos, como a ti, se les cae el día encima y, aunque les gustaría sacar fuerzas para empezar a vivirlo contigo, ya sólo queda tiempo para un cuento.

Entonces, los acuestas, te tiras en la cama y mirando al techo buscas alternativas. Recuerdas que has jugado a los euromillones y cruzas los dedos de las manos y los pies como si así fueras a mandar energía positiva al bombo de los sueños colectivos. Como lo sabes, como eres absolutamente realista y consciente de que no te va a tocar ni un euro y mucho menos un millón, tiras de manual y sigues el consejo de tus mayores.

Mi madre, por ejemplo, siempre dice:

—Hija, si no sabes qué hacer, no hagas nada.

Pero ¿qué hacer si tu empresa te obliga a hacer algo? También puedo activar el «modo Rajoy», que consiste en solucionar los problemas yéndose a dormir. ¡El problema es que mi jefe no aceptaría que me durmiera durante quince días! Yo, que me creía condenada al presente, había asumido una responsabilidad gigante. Mi carrera profesional (sí, carrera, y sí, profesional) me estaba dando la oportunidad de *poner remedio al timo* de mi generación largándome a

China, donde, al menos al principio, volvería a ser una mujer sin marido ni hijos y, en teoría, liberada. Pero ¿era eso lo que yo quería? ¿Eran mis hijos mi verdadero problema? ¿Solucionaría algo emigrando a Asia? ¿Sería capaz de irme sin ellos? ¿Alteraría de alguna manera el orden preconcebido de las cosas? Sea como fuere, la realidad era que, de golpe y porrazo, mi vida se había convertido en un gran signo de interrogación. De golpe y porrazo, tenía una opción A y una opción B.

A: Aceptar el puesto en China (y reinventar mi vida).

B: No aceptar el puesto en China (y seguir con mi vida en las actuales condiciones sociales, laborales, maritales, etcétera).

Ante semejante tesitura, y por primera vez desde que tengo uso de razón, me prometí que la decisión la iba a tomar a conciencia, analizando todos y cada uno de los aspectos que configuran mi momento vital y el de mi generación. Si en realidad yo creía que a las que estamos entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco años nos han timado un poquito, había llegado el momento de saber si:

1. Estaba dispuesta a asumirlo, capeándolo como si fuera un temporal.
2. Si podía cambiarlo.
3. Si necesitaba marcharme de España para romper con mi querido tiempo histórico.

Siendo sincera conmigo misma, yo llevaba una vida de perros, de aquí para allá, del cole a la oficina, de la oficina al pediatra, del pediatra al supermercado, del supermercado a casa. ¿Es lo que me tocaba y punto? ¿Había solución? ¿Se-

rían distintas las cosas en China? ¿La decisión rompería mi familia? ¿Mi matrimonio?

Cuando te casas y tienes hijos nada es blanco o negro. Dejas de ser tú para ser la mujer de y la madre de. No puedes decidir por ti. Los criterios profesionales se pasan por el tamiz de la familia. Y está bien que sea así. No te casas y tienes hijos más que para eso, para formar una familia, pero, en mi caso, la oferta profesional coincidía con un momento vital convulso, lleno de incertidumbres y de miedos, cargado de desencanto y de perplejidad por la cantidad de obstáculos que sorteamos las mujeres cuando nos convertimos en madres. Así que, como si una fuerza sobrenatural me hubiera invadido, decidí que había llegado el momento de poner remedio a todo esto.

—Vas a poner remedio a todo esto, Beatriz —me dije—. Cuélgate una nueva etiqueta: mujer, treinta y muchos, madre, esposa y profesional, busca soluciones para decidir, en el plazo de quince días, hacia dónde dirige sus pasos.

A o B.

¿Hay plan C?

Aquel día, cuando llegué a casa, mis hijos ya estaban durmiendo. No se sentía un alma. Tampoco la de Gonzalo. No tuve el coraje de despertarlo para contarle todo lo que me había sucedido. ¡Lo que me estaba sucediendo! Pensé que a esas horas no sería prudente silbarle en el oído y arañar sus sueños.

Revisé las agendas de los niños y sonreí al comprobar que Jaime había comido bien, pese a los mocos. Por supuesto, mi marido no había rellenado el espacio reservado para «las notas de casa» del día siguiente, así que saqué el boli del bolso y escribí una notita a cada profesora. No tenía

ni idea de cómo habían pasado la tarde, pero, teniendo en cuenta que nadie (es decir, mi marido) me había alertado de lo contrario, concluí que los dos niños estaban en perfectas condiciones para volver al colegio. Cerré las agendas y las metí en las respectivas mochilas, no sin antes comprobar si tenía que preparar bolsas de deporte, babis, etcétera. Creí que había llegado el momento de disfrutar de la noche, de pensar en las opciones que se abrían en mi camino, hasta que entré en la cocina. ¡Casi me dieron ganas de llorar! El fregadero era una montaña de platos, vasos, fuentes, sartenes, cubiertos. Pero ¿cuánta gente había cenado en mi casa aquella noche? Aunque aquello pareciera el desenlace de una fiesta de cumpleaños, la realidad era que los comensales habían sido los de siempre: papá y los niños. Tres personas a la mesa y vajilla para un regimiento. Con el traje aún puesto, me remangué y empecé a fregar. Bueno, a pasar los platos y todo lo demás bajo el grifo y a colocarlos en orden en el lavaplatos.

Este tipo de situaciones a altas horas de la noche, después de una jornada agotadora, son las que, en justicia, me podrían empujar a aceptar la oferta china.

¿Por qué a mi marido *nunca* se le ocurre dejar la cocina recogida? Después de bastantes años de convivencia —aunque haya sido con un único hombre— he concluido que ellos no ven (como nosotras) ni les molesta lo mismo (que a nosotras). ¡Podrían sobrevivir sin cambiar los armarios, vaya! Vestirían chanclas con calcetines o pantalones de pana en verano. Y tan a gusto. Jamás se les pasa por la cabeza que un cuchillo manchado de Nocilla no se puede meter al lavaplatos.

—Mi amor, mira que te lo tengo dicho. Que el chocolate se seca y no sale.

¿Cuántas veces lo habré repetido? Y nada. Como el que oye llover.

Cuando terminé de hacerlo (recoger la cocina), me preparé un vaso de leche con cereales y me tumbé en el sofá del salón. Encendí el iPad y organicé un plan de trabajo ambicioso. Muy ambicioso. Investigación, exploración y análisis (también autoanálisis) antes de tomar la decisión más importante de los últimos años. El resultado tenía que darme respuestas, ayudarme a entenderme a mí y a las madres que como yo pelean cada día por ser eso: madres y excelentes profesionales. Sabía que me enfrentaba a la posibilidad de que el resultado fuera decepcionante, pero sentía la imperiosa necesidad de hacerlo.

Por suerte, mi puesto de directora de compras me permite hablar con mucha gente de temas muy diversos. A mi despacho vienen profesionales de todo tipo, sobre todo mujeres con las que charlo, por ejemplo, de criterios de comodidad en su ropa interior. No es ninguna pamplina. A una ejecutiva no le sirven las mismas braguitas que a una quinceañera. Una directiva, que pasa muchas horas en acción, puede necesitar un tipo de sujetador distinto al que busca una estudiante en edad de seducir a los universitarios. Este tipo de informaciones son muy útiles a la hora de cerrar modelos o innovar con una gama determinada. Yo las invito a café y a bollitos y ellas se dejan interrogar. A partir de ahora trataría nuevas cuestiones. Hablaríamos de la empresa, de lo estrictamente profesional, pero aprovecharía las citas para disparar sin piedad:

—Oye, ¿tú por qué has tenido hijos? ¿Por qué crees que con la vida que llevamos tenemos hijos? ¿Cómo te organizas? ¿Cuándo los ves? ¿Los ves alguna vez? ¿Dejarías a tu familia en Madrid por una buena oferta profesional? ¿Te llevarías a los niños?

Asumía de antemano que el experimento iba a traer de cabeza a mi jefe porque, cada vez que «tuviera una visita»,

estaría en *modo avión* durante un par de horas. Además, estaba dispuesta a renunciar a más tiempo libre para documentarme a conciencia sobre el timo y para explorar las razones más profundas que me han llevado a (mal) vivir de esta manera.

Aquella noche me sentí muy afortunada. Sin comérmelo ni bebérmelo, mi empresa me había dado la posibilidad de dar un volantazo remunerado a mi vida. Y, si al final no lo daba, estaba segura de que acabaría reinventándome y encontrando un modelo de mujer que pudiera imitar.

Con todos estos ingredientes encima de la mesa tracé el plan. Desde el minuto cero en el que decidí ser madre hasta ahora. Desde los orígenes de mi generación. Desde todos los ángulos. Sin prejuicios. Empezando por el principio.

El resultado, que me permitió optar entre A o B y descubrir si las mujeres tenemos plan C, lo he querido compartir. Y este es el resultado del resultado.